YOU YEONG-GWANG

LA TIENDA QUE ABRE AL LLOYER

La tienda que abre al llover
© 2023, You Yeong-Gwang
© 2023, Clayhouse Inc. a través de BC Agency, Seoul

Título original: 비가 오면 열리는 상점
Traducción: Ana Barragán

© 2025, Editorial del Nuevo Extremo S.L.
Rosellón, 186, 5º- 4º, 08008-Barcelona, España
Tel (34) 930 000 865
e-mail: info@dnxlibros.com
www.dnxlibros.es

Iconografía e ilustración de cubierta: Marta Gràcia (@ itsmayanara)
Edición y maqueta: Iguazel Serón

Primera edición: mayo de 2025

ISBN: 978-84-19467-62-1
Depósito legal: B 3930-2025

Impreso en España - *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

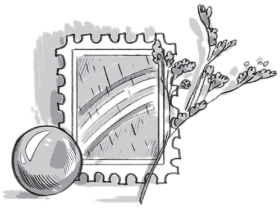
YŌU YEŌNG-GWANG

LA TIENDA QUE ABRE AL LLŌYER

TRADUCCIÓN: ANA BARRAGÁN

dNX YOUNG ADULT

ÍNDICE



Prólogo 9
Un extraño rumor 11
La carta misteriosa 19
Bochorno 27
En vísperas de lluvia 33
Guardián Toriya 39
La tienda Temporada de lluvias 45
La infeliz casa de empeños de Verna 51
El mostrador de información de Durov 59
El salón de belleza de Emma 67
La librería de Mata 81
La perfumería de Nicole 93
El jardín de Popo 107
El restaurante de Bordo y Bormo 121
La chatarrería de Haku 137
El casino de Grom 153
Mazmorras laberínticas 169
El bar de Yan 181
El ático 189
Issha 197

Almacén de tesoros 203
Arcoíris 211
Epílogo..... 215
Palabras del autor 217

PRÓLOGO

Fsss, fsss.

—Ya está rota otra vez.

Serin había estado toqueteando una radio antigua de esas que apenas se encuentran ya por ahí, hasta que, cansada, le dio un golpe para hacerla reaccionar.

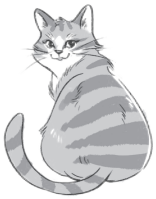
«Pasado el anticiclón del Pacífico Norte, se estima que la predicción de lluvias para la próxima semana…».

Quién sabe cómo ni por qué, la voz del hombre del tiempo volvió a salir del cacharro, que a punto estuvo de caérsele de las manos del susto.

Por fin. La tan esperada lluvia.

Y con ella abriría la tienda donde podría vender su desdicha.

UN EXTRAÑO RUMOR



La casa abandonada de Ciudad Arcoíris.

Hacía tiempo que corría un rumor sobre ese extraño lugar. Decían que, si enviabas una carta contando tu historia a esa antigua y destartalada casa, llegaría a tu puerta una misteriosa invitación. Lo siguiente era aún más ridículo. Al parecer, si el primer día que comenzaba la temporada de lluvias visitabas la casa y llevabas una de esas invitaciones, tu vida podría cambiar para siempre.

—Anda ya.

—¿Quién se va a creer eso?

Al principio lo consideraron una tontería para entretener a la gente, pero el rumor fue extendiéndose con rapidez, volviéndose un poco más concreto cada vez. Entre tantos y tan diversos detalles, solo algo coincidía.

—¡De verdad que los he visto!

Aquellos que afirmaban haber estado allí también declaraban haber visto seres de apariencia humana, pero que estaban lejos de serlo: *dokebis*. Reunidos allí, en un lugar recóndito y misterioso, en un acuerdo tácito.

—¡Vaya chiste!

Evidentemente, la gente no se creía una historia así, excepto algunos curiosos como Serin. La mayoría se reía al oír hablar de cartas mágicas y dokebis, pero Serin había quedado tan fascinada escuchando la historia mientras cenaba que hasta se había quedado con la cuchara a medio camino de la boca. Por eso, al día siguiente había cogido un libro llamado *El misterio de la tienda de los dokebis* y ahora se encontraba acurrucada en el rincón más escondido de la biblioteca.

La portada era poco común. Se notaba el empeño que la editorial había puesto en ella; el material cambiaba de color según le daba la luz y el ángulo desde el que se mirase. Serin la admiró durante un buen rato.

LA VERDAD ESCONDIDA TRAS LOS RUMORES POR FIN ES REVELADA.

Le llamó la atención esa frase, pero aún más el enorme sello rojo de *bestseller.* Cualquier lector voraz como lo era Serin cogería un libro así nada más verlo.

Como prueba de ello, el libro apenas acababa de salir a la venta y ya mostraba signos de haber sido usado. Serin trató de contener su emoción al abrirlo con sumo cuidado.

—Anda, ¿y esto…?

En la contraportada había una fotografía de la cara sonriente del autor, que no destacaba precisamente por su expresión forzada, sino por las gafas y dientes que alguien había pintarrajeado dejando un rostro irreconocible.

El resto de páginas tampoco eran muy diferentes, un interior emborronado con pintadas, números de teléfono y cuentas de banco garabateadas a toda prisa. Lo mínimo que le habían hecho era subrayar algunas líneas a lápiz porque hasta había algo pegajoso y endurecido que Serin prefirió ignorar. Intentó mantener la calma. Lo importante era el contenido.

A decir verdad, el libro le resultó interesante desde el principio. El autor comenzaba contando cómo había acabado en la tienda de los dokebis y hablaba de un vergonzoso pasado, de una vida de desesperanza y de un tiempo que había pasado encerrado.

«Este hombre es tan desgraciado como yo», pensó.

El autor contaba cómo había salido de su encierro decidido a ser una persona renovada, dispuesto a encontrar trabajo, cosa que no conseguía por más que lo intentaba. Aquella fue una época difícil para él, tanto física como mentalmente, hasta que, de pura casualidad, vio un extraño anuncio en el periódico que decía: «Envíenos su historia». Así que mandó una carta contando su situación. Para su sorpresa, al poco le respondieron con una invitación con un cupón dentro para visitar aquella tienda.

«¿Podré conseguir yo uno?».

Serin dejó de compararse con él. No podía discernir qué situación era mejor o peor, ni era momento para preocuparse por eso.

Pronto alcanzó la mitad del libro, encontrando capítulos repletos de descripciones de cada uno de los dokebi con los que el autor se había cruzado en todos los negocios que visitó dentro de la tienda. Era casi como leer una guía turística con un mapa muy bien estructurado, que sin duda necesitaría si algún día visitaba el lugar. Sin embargo, no captó su atención por mucho tiempo. La tarde trajo una pereza que se apoderó de Serin, incapaz de reprimir los bostezos.

La segunda mitad del libro describía la felicidad que el autor había escogido y cómo la había conseguido. El hombre quería ser un escritor famoso. De hecho, al poco tiempo firmó su primer contrato con una editorial y el resultado quedaba claro en la portada del libro. En lo que parecía la parte final había un apéndice un tanto inusual.

«Aquí está».

Lo que de verdad le interesaba, la razón por la que había cogido ese libro. Aquello la espabiló; una explicación detallada de cómo enviar tu historia a la tienda que incluía una recopilación de experiencias de otras personas que también habían estado allí para respaldar la veracidad de todo lo contado anteriormente.

«El boli, el boli…».

Apuntó cada paso y consejo en su libreta.

Según el autor, lo mejor era escribirla con sinceridad, describir la situación tal cual era. Sin invenciones ni adornos innecesarios. Porque, lo creyese o no, los dokebi veían lo más hondo del corazón humano y pillaban rápido las mentiras. La situación de la persona era mucho más importante que su destreza narrativa.

¿Sería cierto?

Por último, comentaba que la tienda había cambiado su vida en un momento en el que quería dejarlo todo. Por eso, tenía como propósito brindarle una segunda oportunidad a quienes la necesitaran.

Serin no podía concentrarse en la clase. Y no era por culpa del enorme agujero en la axila del *hanbok* que el profesor llevaba cada día, ni porque parte del pelo con el que trataba de cubrirse la coronilla se le hubiera despegado y cayera a su aire hacia un lado.

No, era por el libro que había llevado y por el que se había saltado la hora del almuerzo.

El profesor escribía con tanto ahínco que parecía querer atravesar la pizarra con la tiza, mientras la cabeza de Serin seguía en la tienda de los dokebi.

«¿Serían dokebis de verdad?».

Sacudió la cabeza para apartar ese pensamiento de su mente, pero con el gesto solo consiguió llamar la atención del profesor.

—Serin Kim, ¿estás atendiendo?

Ella se percató de que la estaba mirando y se disculpó apresuradamente.

—Lo siento.

El profesor le lanzó una mirada de desaprobación, se alisó los laterales del pelo, se colocó bien las gafas y continuó con la clase. Justo en ese instante se le rompió la tiza y empezó a despotricar porque nada le salía bien.

Colorada como un tomate, Serin agachó la cabeza como si la culpa fuera suya.

Algunos compañeros la miraron de reojo, aunque sin mucho interés, algo a lo que ya estaba acostumbrada.

Al llegar a casa hizo lo de cada día; encender una lamparita de escritorio y juguetear con las frecuencias de la radio hasta sintonizarla en su emisora favorita.

Tiempo atrás, la radio debió ser de un rojo intenso y elegante que, con los años, había acabado descolorido como unos guantes de cocina. A pesar de todo, seguía funcionando, bastaba con darle unos toquecitos para que arrancase.

«Cada vez le pasa más».

Una sola razón le impedía tirarla: era lo único que le quedaba de su padre.

No tenía otro recuerdo de él. Al parecer, había muerto en un accidente cuando ella era pequeña. Su madre había intentado tirar la radio en numerosas ocasiones, pero Serin insistía en seguir usándola y a la mujer no le había quedado más remedio que ceder al deseo de su hija.

Esa radio era su única amiga, una más de la familia, y llenaba un vacío en su corazón.

Cada noche a las diez empezaba a sonar la música de apertura de su programa favorito. «Hola a todos, una noche más…». La voz del locutor sonaba tan tenue y suave como de costumbre, pero Serin no le prestó la misma atención. Sobre el escritorio, extendió una carta que había comprado de camino a casa y se quedó mirándola mientras hacía girar un bolígrafo entre los dedos, pensativa.

«Ha llegado la hora de compartir historias», anunció la radio.

Serin no tenía una gran habilidad para la escritura. Había intentado varias veces enviar su historia a aquel programa de radio y siempre la rechazaban. Después de que varios «quizá» solo se convirtiesen en «tal vez», aprendió que era más fácil darse por vencida.

Pasó un rato escuchando la radio, distraída, hasta que por fin se incorporó en la silla con gesto decidido. En el calendario, un círculo le recordaba que tenía un examen pronto, pero podía ignorarlo por un día para concentrarse plenamente en escribir su historia.

Revisando las notas recordó algo: tenía que ser lo más sincera posible.

Contó que vivía sola con su madre en un semisótano donde apenas entraba luz, después de que su casa se quemase en un incendio. Contó también que no les llegaba para comprar un uniforme escolar que no fuese de segunda mano, y que tenía una hermana pequeña de la que no sabía nada desde que tuvieron que dejar la casa el año pasado.

Lo escribió todo, incluso lo más vergonzoso.

«La historia que acaban de oír es desgarradora. Pero no se preocupen, todo lo soportado hasta el momento ha tenido su recompensa».

Casi había amanecido cuando terminó de escribir, todavía con la radio de fondo. Serin guardó la carta en

el sobre tras revisarla varias veces y se tumbó en el suelo sobre una manta desgastada. A su lado, su madre dormía hecha un ovillo. Ni siquiera durmiendo era capaz de enderezar la espalda como es debido. Siempre que volvía tarde del restaurante se quedaba dormida así, en silencio, intentando molestar lo menos posible a Serin durante su rato de estudio.

Colocó la radio en la mesita de noche, ahora con los auriculares puestos, y justo en ese momento, comenzó a sonar su canción favorita: *Tomorrow better than today.*

It may feel like it's raining.
But don't forget that there's always a silver lining in every cloud.

(Aunque llueva, no olvides que siempre hay un resquicio de esperanza en cada nube).

Era tan pegadiza que Serin enseguida se puso a tararearla. Cerró los ojos cantando para sus adentros.

Fue tocar la almohada y caer profundamente dormida, quizá por la dulce melodía, o quizá porque era demasiado tarde.

LA CARTA MISTERIOSA

No había esperado gran cosa.

A mayores expectativas, mayores decepciones.

Al principio Serin pensaba que, más que guiada por la curiosidad, quería ir allí buscando una vía de escape de su frustrante realidad.

O quizá solo quería comprobar si los rumores eran ciertos.

Daba igual.

Sus notas habían bajado un poco en los parciales, pero no era algo que le preocupara. Ir a la universidad era un lujo que no podía permitirse. Y aunque su madre no la presionaba, Serin sabía que, en el fondo, esperaba que acabase los estudios y empezase a trabajar para contribuir a los ingresos de la familia.

Después del instituto, mientras el resto de alumnos iban a la academia, Serin regresaba a casa. Sola, a un destino diferente y en dirección contraria.

—Uf.

Ralentizó el paso. El largo y empinado tramo de escaleras que tenía delante la hizo resoplar. Eran de esas

escaleras con las que había que tener cuidado en días de lluvia y nieve, y hasta ella, que era joven, acababa sudando a chorros en verano mientras las subía. Serin odiaba esas escaleras casi tanto como odiaba su vida escolar aburrida y monótona.

—Ugh, ughhh…

Después de subir lo que podría equivaler a la altura de un edificio entero, por fin recuperó el aliento al llegar a una superficie plana.

Había alcanzado la entrada de uno de los pequeños barrios que más frecuentaba, compuesto por unas cuantas casitas grises construidas en lo alto de la cuesta, con tan poco espacio entre una y otra que solo podía pasar una persona. Algunos tejados estaban cubiertos por lonas naranjas que los protegían de la lluvia, reforzados con restos de neumáticos y tejas para evitar que el viento se las llevase.

—¡Me toca!

En horario laboral apenas había gente en la calle, excepto un grupo de niños que todavía no tenían edad de ir al colegio, jugando a intentar quitarse unos palitos. En cuanto vieron aparecer a un anciano cargando con un carro lleno de chatarra, corrieron hacia él con los mocos colgando. Uno de ellos se cayó de bruces y rompió a llorar.

—Tened cuidado, anda.

El hombre, vestido con pantalones cortos y un chaleco agujereado, arqueó las cejas mientras abrazaba a los pequeños que habían corrido hacia él. Los llamó criajos, mientras trataba de apartarlos antes de que lo hiciesen caer a él también. Enseguida, todos los «criajos» se colocaron detrás del carro, echándole una mano al empujar, aunque no fuese de mucha ayuda. Serin se hizo a un lado para dejarlos pasar y luego se adentró por un callejón.

—Miaaau.

El maullido lastimero de un gato sonó desde algún lugar. Serin buscó a su alrededor y entonces lo vio; unos ojos gatunos asomaban por el hueco de un edificio abandonado. Se acercó con cautela.

—¿Tienes hambre?

El gato emitió un largo maullido como respuesta. Serin rebuscó en sus bolsillos por si acaso tenía algo. No solía llevar dinero suelto, pero encontró algunas monedas.

«Para algo me dará».

Miró las monedas, al gato, y finalmente se levantó para ir a la tienda más cercana.

El minisúper en cuestión era pequeñísimo y hacía a su vez de salita de la dueña. Al letrero azul donde ponía «Supermercado» le faltaban algunas letras blancas y tenía una pegatina que decía «tabaco» desgastada.

Poco interés tenía la dueña en las ventas, porque estaba sentada en la entrada jugando a las cartas con un grupo de señoras. Ella no jugaba, se dedicaba a comentarle la siguiente jugada a la señora a su lado mientras se llevaba un gajo de mandarina a la boca.

No fue hasta que vio a Serin dentro de la tienda que se levantó, sacudiéndose las manos en las caderas.

—¿Qué te doy? —preguntó siguiéndola mientras se subía el pantalón hasta la cintura.

—¿Tiene algo… para gatos?

—¿Para gatos?

—Sí.

La señora parecía querer preguntar por qué buscaba comida de gatos allí, pero algo en la mirada inocente de Serin la detuvo.

—¿Doméstico o de la calle?

—Es callejero.

Serin ya tenía en la mano unas salchichas que acababa de encontrar.

—Los gatos no comen lo mismo que los humanos. A ver, espera. —La mujer cogió un par de melones amarillos de un cuenco, los peló y los metió en una bolsita de plástico—. Llévate esto mejor.

El rostro de Serin, normalmente serio, pareció iluminarse.

—Gracias —respondió, agradeciendo repetidas veces con un gesto de cabeza antes de salir de la tienda.

La señora le devolvió una sonrisa y luego regresó a su rutina de entrometerse en jugadas ajenas.

Si Serin caminaba rápido, su cabeza avanzaba a mayor velocidad, preguntándose si el gato habría desaparecido en su ausencia.

Por suerte, no fue así.

En cuanto la vio aparecer maulló con más fuerza que antes. Serin le enseñó la bolsa y dejó que la olfateara. El crujido del plástico hizo que el gatito moviera las orejas. Serin quería acercarse y darle de comer ella misma, pero se colocó en cuclillas a unos pasos de distancia para no asustar al desconfiado animal. Le ofreció un trocito de melón, que el gato miró haciendo amago de acercarse, pero al final retrocedió. Luego volvió a acercarse para mordisquear un poco el trozo y regresó corriendo a su escondite.

Fue en ese breve instante cuando Serin se dio cuenta de que tenía el vientre hinchado y no era porque estuviese gordo, ya que su cara y extremidades eran delgadas.

«Está embarazada».

La observó hasta que desapareció y luego dejó la bolsa con los restos en el hueco del edificio, esperando evitar que rebuscase comida en la basura. Una parte de ella quería llevársela a casa y cuidarla, pero sabía que su madre no lo permitiría. Rechazaba todo lo que implicase un gasto de dinero.

—Ojalá tus bebés crezcan sanos.

Dejando atrás la pena, regresó a casa.

Serin vivía con su madre en una casucha ubicada en lo que comúnmente se conoce como un barrio de chabolas. En las paredes de los edificios encontrabas desde carteles de «demolición» hasta anuncios para encontrar pareja pintarrajeados con espray en letras enormes.

Atravesó todo ese paisaje familiar y se detuvo frente a su casa. En el buzón, donde rara vez había nada, sobresalía una prominente carta de color rojo.

Estuvo a punto de dejarla ahí, sospechando que sería un reclamo de deudas, pero lo pensó mejor. De ser así prefería meterla en casa antes de que alguien la viera. Al final resultó que no era ningún aviso de pago.

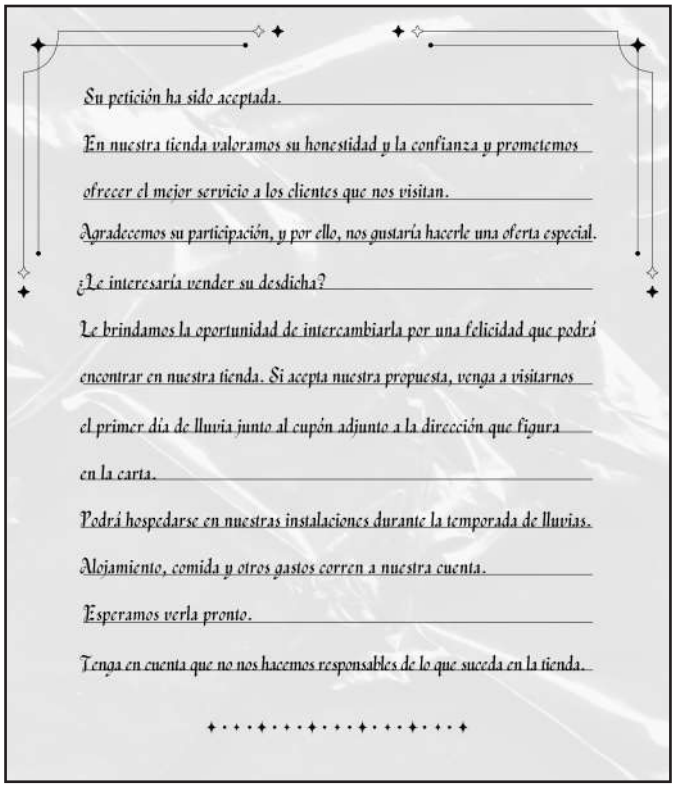
La carta tenía una serie de símbolos extraños que no había visto nunca y, aún más destacable, un sello dorado en el sobre que le daba un aspecto lujoso, parecido a esos que usan las cortes reales europeas.

Por suerte, el nombre del remitente estaba escrito en un idioma que sí conocía.

De: Tienda «Temporada de lluvias».
Dirección: su casa.
Destinatario: su nombre.

Serin bajó las oscuras escaleras con la carta y una expresión de no saber si sentirse desconcertada o contenta, con el corazón latiendo fuerte en el pecho y el triple de rápido. Abrió el sobre en cuanto entró en casa sin detenerse a quitarse los zapatos.

En su interior había una nota cuidadosamente escrita a pluma.



Su petición ha sido aceptada.

En nuestra tienda valoramos su honestidad y la confianza y prometemos ofrecer el mejor servicio a los clientes que nos visitan.

Agradecemos su participación, y por ello, nos gustaría hacerle una oferta especial.

¿Le interesaría vender su desdicha?

Le brindamos la oportunidad de intercambiarla por una felicidad que podrá encontrar en nuestra tienda. Si acepta nuestra propuesta, venga a visitarnos el primer día de lluvia junto al cupón adjunto a la dirección que figura en la carta.

Podrá hospedarse en nuestras instalaciones durante la temporada de lluvias.

Alojamiento, comida y otros gastos corren a nuestra cuenta.

Esperamos verla pronto.

Tenga en cuenta que no nos hacemos responsables de lo que suceda en la tienda.

Serin se tapó la boca con una mano. Tal y como decía la carta, el sobre contenía un pequeño cupón del mismo dorado reluciente que el sello.

¿El cupón tenía que ser dorado?

Intentó recordar lo que ponía en el libro, pero justo esa parte la había pasado por alto.

Bueno, daba igual.

Para no haber guardado expectativa alguna, le pareció surrealista tener el cupón en las manos. Se pellizcó la mejilla y el picor no le dejó duda. Aunque la última frase la preocupaba un poco.

«¿Que no se hacen responsables?».

Recordó entonces aquella noticia sobre una banda que se dedicaba estafar a personas ofreciéndoles un trabajo falso para luego traficar con sus órganos, y se acordó también del recorte de periódico en un tablón de anuncios con la noticia de una persona a la que raptaron y tuvieron esclavizada en una isla durante años.

Serin se levantó de la silla, se paseó inquieta por su pequeña habitación, mordiéndose las uñas, y volvió a sentarse. Le estaba costando llegar a una conclusión.

—¡Es que el libro dice que es real!

Frustrada, apretó el cupón en la mano, arrugándolo sin querer. Resopló y se acercó a la estantería, sacó el libro más grueso que encontró, lo guardó entre sus páginas y luego colocó otra pila de libros encima.

Quizá sí que podía cambiar su vida.

Se acercó a la ventana, tan pequeña que no se merecía dicho nombre. El pedacito de cielo que alcanzaba a ver estaba particularmente azul ese día.

«Cuando llueva…».

Todavía era primavera y apenas había nubes en el cielo, la temporada de lluvias quedaba lejos.